

Conocí allí una mujer
De las que en aquellos límites
Del mundo crián los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y uníme
Con ella en sagrado nudo,
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos así dos años,
Y al fin de ellos, fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que visteis
A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente,
Con purpurinos matices
Teñían las verdes puntas
De las palmeras flexibles.
Nació en un día de Abril,
Cuando empezaba á cubrirse
El prado fértil de flores,
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide,
Flor-del-Alba la llamaron;
Y Dios, que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifiquen
Su hermosura y su virtud,
Que con su beldad compite;
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplía los cinco abrilés.
Sin ella, aquel paraíso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto Chile.
Devolví, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro
Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme,
Que al fin me abrazó diciéndome:
"Vé en paz, y que Dios te guie."
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hice
A la vela, en él trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro,
En la corte establecíme.
Mas viendo que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto, me aburrían
En lugar de divertirme,
Y que mi hija *Flor* crecía
En belleza, y que sutiles
Los ejemplos de la corte,
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mujeres,

Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marques arruinado
Estos terrenos, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden
Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.
Aquí olvidado del mundo,
Y en soledad apacible,
Habitó con *Flor-del-Alba*
Las estancias que permite
Habitarse este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros.
Y ahora, buen jóven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento: si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde,
Y acaso el cansancio os rinde."
Y así diciendo el anciano,
Con halagüeño semblante
Echó del jóven delante,
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veía
Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion
Oposicion no admitia;
Dejó su cómodo asiento,
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose así los dos
En la sombra y la distancia.

II.

Estaba el aposento destinado
Para el jóven viajero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado,
Y uno tras otro oscuro pasadizo:
Por los cuales al ir, notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansion que su huésped habitaba:
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,

Entre cuyas maderas
Se filtraban aún en gotas frías
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,
Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas
De su marco y dintel las esculturas:
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aun en su corazón por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejó en fin en su aposento solo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El jóven, sin embargo,
Con precavido exámen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pié pudo fijar, tender la mano,
Y dar campo á los ojos:—todo era
Limpio allí, si no rico: blando lecho
Con mullido vellon y lienzos hecho,
Que grato olor á limpios exhalaban,
A dormir convidaban:
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquísimas cortinas,
Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscos sitaliales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin, las fruslerías varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atencion, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado trage
Y las botas de viaje,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones,
Fantásticas se alzaron en su mente:
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan continuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pié venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el día,
Toman cuerpo en la loca fantasía
Y en confuso monton desordenado,
Llenas de ligereza y poesía,

Revestidas de formas celestiales,
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio
Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves,
Precursoras del sueño verdadero,
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que le acuerda amorosa y vagamente
La encantadora imagen apacible
De otro viviente ser visto primero.
Y esta imagen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio,
Como lirio entre céspedes descuella,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toseas y comunes aves
Del real pavon la pintoresca pluma,
Cual régio buque entre pequeñas naves;
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago, es la amorosa
Sombra de una mujer cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento;
Mas cuyo bello y celestial trasunto,
Indeleble conserva el pensamiento.
Y esa mujer con quien despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño de él en alejar empena;
Esa muger, cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escuecha,
Es *Flor-del-Alba*, á quien amar empieza,
Angel en su beldad, flor en pureza.
Así el amor callando se desliza
En nuestro corazón libre y tranquilo,
Y con el filtro del amor se hechiza,
A una ilusion así prestando asilo.
Como ilusion la admite: ella, traidora,
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazón tan seductora,
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.
Y así, como un recuerdo vagaroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
Del viajero en el alma tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

MUSICA.

Apenas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan

Del que tranquilo se duerme,
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del jóven viajero
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo mas turbias;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda,
Y su tranquilo reposo
Guando, cuando la muda
Soleada, turbó á deshora
Grata y acordada música;
Y del mancebo llegando
Al oído en lid oculta,
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del insomnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora, tornó á alzarse
La imágen radiante y pura
De Flor-del-Alba, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazón amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca),
Soñando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la trasparente imágen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado descende,
Y de sí mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura:
Ya al amoroso fantasma
Ve que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha
De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbraba
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,
Y con su aliento purísimo
Le orea, porque le infunda
Su amor el divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transición rápida
De que los sueños abundan,
La mujer se trueca en ángel;
El ser terrenal se ofusca
Tras de su célica esencia;
De tornasoladas plumas
Brotan alas de sus hombros,
Que á sus espaldas se agrupan,
Formando un fondo nevado,
Sobre el cual, de su cintura,
De sus brazos cuello,

Los contornos se dibujan.
De un arpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas cláusulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante, con ellas
En armonía se inunda,
Y á las etéreas regiones
Arrebatada se juzga;
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan íntimas, que pronto
Será fuerza que interrumpan
La influencia soporífica
Del sueño que le subyuga.
Y así es: los lentos párpados
Abre al fin; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras,
Y aun mal despierto:—¿Quién va?—
Con ahogada voz pregunta.
Nadie responde: al reflejo
De la lamparilla mustia,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas todavía del sueño
Piensa que el sopor le abruma;
Pues dél recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De Flor-del-Alba y del ángel
Al recordar la hermosura,
El son del arpa recuerda,
Y cree que se perpetúa
El sueño, pues de una arpa
Oye el acorde, no hay duda.
Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrumpe el son de un arpa
La tranquilidad nocturna,
Y una voz suave, cantando,
Con sus cláusulas se ayuda.
Del dulce canto atraído,
Y á indagar quién le produzca,
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frio,
Y con precauciones sumas,
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música,
Asomóse poco á poco,
Por si á quien canta columbra.
Mas en vano: desde el cenit,
Con pálida luz, la luna
Platea un huerto en que reinan
El abandono y la incuria.
Su tierra, fértil un día,
Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se ve, que el dueño renuncia,
Como á reponer su casa,
A labrar la huerta inculta.

Esta en su origen fué patio;
Pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños,
Al dar en peor fortuna,
Sembraron en cuanta hubieron,
No poseedores de mucha.
Este huerto ó este patio
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina ó quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre, frontera
A la en que el jóven procura
Desde su ventana, ver
De la misteriosa música
El origen, hay abierta
Otra ventana; mas cuya
Interior habitación,
A su avara vista hurtan
De un enramado jazmin
La espesa rama fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está, pues, la cantora:
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas,
Brota aquella voz suavísima:
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de Mayo
Por la trasparente anchura
De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.
De allí parte aquella voz,
Y si es de una criatura
Humana, naturaleza
Al dársele la hizo única.
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruiseñores del bosque,
Las fuentes que le fecundan,
Los ecos que los remedan
En las escondidas grutas,
Y el aura, que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra
En el concento
De su acento
Celestial,
Cuanto ecos
De alegría,
De victoria,
De agonía,
Y de gloria
Juntaría

Si se oyera
Toda entera
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa;
Voz sublime,
Vagarosa,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica canción.
Voz sonora
Que á par canta,
Y á par llora
Los delirios
Apacibles;
Los martirios
Insufribles
De un amante corazón.

Blando son
Que el viajero
Con aliento
Retenido,
Oye atento
Y embebido
En su balcón:

Y antes que suene en su oído
De aquella nocturna endecha,
Va la música derecha
A arrullar su corazón.

Vago encanto,
Con secreta
Simpatía
La sujeta
De aquel canto
A la armonía:
Y aunque ciego
No comprende
La razón;
Siente luego
Que la calma
De su alma
Pierde ciego,
Y le enciende
Dulce fuego
Al oír la voz lejana.
Que á través la celosía
De la florida ventana,
El mágico son le envía
Del arpa y de la canción

Escuchábalas embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo,
De su entreabierto balcón
Sin reparar de la noche
En el insano rocío,
Y en el aire húmedo y frió
Propio aún de la estación

Escuchaba él, y seguía
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecucion;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creia engañado
Por una vana ilusion.

Escuchaba, y comprendia
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podia lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla,
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador:
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al son silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina,
Que vibra, gorgea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusion;
Parece un himno celeste
Por un ángel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las arpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresion:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa imprevisión,

Abrió el balcon entornado:
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambicion:
Porque notando sin duda
Su presencia impertinente,
Cesó repentinamente
La misteriosa cancion.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,

El pensamiento ocupado
Con la música que oyó:
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron halagüenas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo dia
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo conocido,
Que á llamarle venia.
El mozo de la cama saltó al punto,
Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
El mancebo gentil tendió la mano,
Plática tal los dos entreteniendo.

EL VIEJO.
Acaso no habrá sido
Tan cómodo mi lecho,
Como en el que á dormir estareis hecho;
Mas en fin, ¿cómo en él habeis dormido?

EL FORASTERO.
La dulce paz y hospitalario techo,
Señor, de vuestra casa,
Solo comodidades me ha ofrecido.

EL VIEJO.
Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habito tan distante,
Os haya así alojado;
Que el edificio está tan mal tratado,
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

EL FORASTERO.
Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro,
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y el aposento hallé de tal manera,
Que si preciso caso me obligarara
Esta á casa habitar, yo os suplica
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

EL VIEJO.
Sin que ese caso y precision viniere,
Yo os le ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.

EL FORASTERO.
No plazca á Dios que por antojo mio
Molestia os ocasione:
Yo os lo agradezco, pero parto.

EL VIEJO.
Fio
Que si á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedaje,
No olvideis que aquí siempre teneis uno.

EL FORASTERO.
Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio

De este antiguo palacio,
Recuerde alguna vez el viaje mio.

EL VIEJO.
¡Sí á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.

EL FORASTERO.
Y Brillante impacientado,
Tambien el suyo aguardará.

EL VIEJO.
Servida
Le fué ya su racion.

EL FORASTERO.
¡Tanto cuidado!
EL VIEJO.

Obligacion no mas de huésped. ¡Ea!
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida,
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así, la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al jamarin vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron

CAPITULO V

DESPEDIDA.
Una hora despues, y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella,
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

EL VIEJO.
¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis:
En la amistad cuando empieza,
Y en los viajes, como es justo,
A la ida y á la vuelta.
Conque así, llevad el vaso,
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de sí la bodega.

EL FORASTERO.
Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé que quisiera
Que la amistad que hoy trabajamos,
Fuera entre los dos eterna.

EL VIEJO.
Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra;
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.

EL FORASTERO.
Dios os la guarde, señor,
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

EL VIEJO.
Solo uno, si no le logro,
Amargará mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo,
Niña sin estado y huérfana.

EL FORASTERO.
Señor, no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza,
En ocasi n semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros que mientras
Respire don Pedro Tellez,
Y tener con honra sepa
Un techo que le cobije
Y un doblon que le mantenga,
No faltará á vuestra hija,
Si otras mejoras no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda.

EL VIEJO.
¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta,
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda,
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

BON PEDRO.
Decid.

EL VIEJO.
Creo que dijisteis
Que simpatía secreta
Vuestra alma hácia mí atraia;
Y yo de la mia en prueba,
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalgüa vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven,
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte,
Para encomendarle de ella.

DON PEDRO.
Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta,
Y acaso no esté bien hecha.

EL VIEJO.

¡Oh! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene experiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy seria,
Y traspasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

DON PEDRO.

Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que, como habeis dicho,
Satisfecho en esta aldea
Vivís con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos,
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

EL VIEJO.

Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa;
Y por lo que á prendas toca,
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedaje
A pagar de esa manera.

DON PEDRO.

¡No por Dios! Díjeos el nombre
De mi casa solariega,
Díjeos quién soy, y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os he el desquite
De este hospedaje, en adversa
Ocasion, si así os pluguiere:
Mi paga, pues, ha sido esa.

EL VIEJO.

¡Oh! de ese modo explicándolo!

DON PEDRO.

No dudo de que os convenza.

EL VIEJO.

Efugios son cortesanos . . .

DON PEDRO.

Lo serán, muy norabuena;
Mas como tienden á hacer,
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar, en gracia
Del buen intento que llevan.
Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda

Que os quiero dejar aquí,
Sino en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva,
Sino tributo parezca,
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin, como algun dia
Decís que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca)
A ampararse de mí venga,
No es demas que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.

EL VIEJO.

Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desatencion grosera.

DON PEDRO.

Con este permiso, pues,
Tendedme, niña modesta,
La hermosa mano, en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Sino por estar en ella.

Y así diciendo, Don Pedro
Tomóla una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó en carmin encendido
Las megillas de azucenas
Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
Don Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

EL VIEJO.

Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa
Dar otra á aquel de quien viene.

DON PEDRO.

Mas será, á mi ver, ofensa,
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta:
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza

Que no pude yo pagárosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

DON PEDRO.

Escusa

Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prenda
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perdereis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me deis verde,
Las caidas hojas secas.

Y aquí el mancebo galan,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
"Mas ya basta; avanza el dia,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empeñan."
Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda.
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana,
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detras de ella,
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantilena,
En meditacion profunda,

Su imaginacion inquieta,
Con los lances de la noche
Y del dia, andando á vueltas.
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea,
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y desapareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un dia tras otro
Pasándose va.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrio silencio,
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil quehaceres
Domésticos dan,
Los dias enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afan,
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años ha
Rodea el palacio,
Do ocultos están
El viejo y su hija,
Sin que hagan jamas
Mas viaje que á misa,
El dia al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no va
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar.
Los dias de fiesta
Cuando al templo va.
Do quiera y con todos,
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar,